



Las huellas del silencio

Emma Hernández

He tratado de huir de mi historia durante años. He tratado de olvidarla, cambiar, evolucionar, pero entre más intento enterrar mi pasado, más rápidamente vuelvo a ese camino de oscuridad. Así que ahora intentaré no correr, estoy cansada de evitar mi pasado porque siempre está tocando mi puerta para recordarme quién fui y quién soy ahora.


Aunque me invade el pánico y siento cómo mi cuerpo tiembla al tener que enfrentarme a la realidad, lo haré junto con el recuerdo de mi madre, quien me abraza, besa y acompaña a través de Mar.

Soy Evangeline Rodríguez, una joven de 21 años de la ciudad de Bogotá, del barrio el Socorro. Actualmente vivo cerca de la Jiménez. No trabajo ni estudio. Suelo evitar mi existencia. Para mi fortuna, mi residencia es gratuita, me dan alimentación y todo lo necesario para vivir dignamente.

Para mi desgracia, ellos manejan mi vida tal y como quieren. Deciden qué actividades haré, a qué horas me bañaré, cuándo puedo salir; pero, a pesar de todo esto, mi habitación es mi lugar favorito porque puedo ser yo sin esconderme de los demás. Mi habitación es el único espacio en donde no me siento juzgada y cada vez que me atrevo a salir de él, todo colapsa.

Es una habitación amplia, las paredes son blancas porque no me dejan pintarlas, las cobijas también tienen ese color insípido que aburre. No tengo muchas cosas, solo la cama, mi diario donde escribo día y noche, y a Mar, quien me recuerda lo frágil que es la infancia, lo frágil que fui y el cuidado que recibí de mi amada madre.

En mi habitación hay una pequeña ventana en la cual puedo ver el sol, la luna y quienes me visitan eventualmente. En medio de la noche, después de estar observando la luna desde mi cama mientras abrazo a mi querida Mar, me quedo



dormida. Duermo, pero no siento que descanso, mi mente sigue procesando pensamientos que me consumen, que me destruyen y es, en ese momento, en donde un recuerdo invade mi mente.

En ese recuerdo estoy tomando una fotografía, paso mi dedo por la cara de dos personas que amé profundamente, a Amara y a Caín. Al tocar sus rostros con la yema de mi dedo puedo sentirlos cerca nuevamente y, mientras mis lágrimas corren por mi rostro, en un impulso de ira estrelló el cuadro contra la pared.

Las personas que están en esa foto son mis padres, los amé como a nadie y como nunca más podré amar. En esa fotografía tenía 5 años, era una niña muy alegre, estaba en medio de mis dos padres, mi madre, Amara, tenía el cabello negro, largo y rizado; su piel era blanca y en cada parte de su cuerpo estaba bañada de lunares. Ella solía vestir con pantalones que moldeaban su hermosa silueta, sus ojos, por los que se transmitían amor, eran cafés, sus labios, rosados. Era una mujer bella, gentil, dócil y

muy inteligente. ¡Cuánto llegué a amarla!

Mientras que él, mi padre, Caín, era todo lo contrario. En su rostro se contemplaba la iniquidad, su mirada transmitía odio. Era alto, moreno, siempre tenía el ceño fruncido, su voz era dura y contundente. Era guapo, sí, pero era una mala persona, si tan solo mamá lo hubiera visto antes, nos podríamos haber salvado de la desgracia que nos conllevaría estar con él.

Yo era una combinación de ambos: cabello rizado, negro, morena, con ojos cafés y dócil. Estudiaba en ese momento, estaba en primero y tenía muchos amigos. Me gustaba montar bicicleta, jugar con mis muñecas y, sobre todo, con Mar. Mamá me vestía como a una princesa: vestidos largos y bombachos que eran color pastel. Mi closet estaba repleto de este tipo de ropa, mis vestidos favoritos eran de color rosa, azul, lila y blanco.

En alguna ocasión, mi madre, que era profesora de español, me explicó que todo tiene un significado incluso lo que solemos ignorar. No recuerdo bien, era apenas una niña que

aprendía a leer, pero sí tengo en mi memoria los significados de estos colores y por eso eran mis favoritos.

El rosa representa la ternura, el afecto y la sensibilidad emocional. El lila se asocia con la espiritualidad, la introspección y la creatividad. El azul simboliza la calma, la confianza y la estabilidad, y el blanco expresa pureza, paz y simplicidad. Mamá decía que esos colores me representaban porque era una niña dulce, muy creativa, que confiaba en las personas y siempre vislumbraba por mi pureza.


Mi familia era unida. Todos los fines de semana viajamos, éramos los 3, siempre juntos, llenos de amor y de risas. Papá era un sujeto malhumorado, pero, aun así, junto a mamá se convertía en el hombre más maravilloso que podía existir.

Toda mi vida fui una niña consentida. Mi vida era perfecta, tenía a los mejores padres, quienes se amaban incondicionalmente, sin embargo, lo bueno nunca dura, o al menos eso dicen, cuando tenía 7 años, mi abuela paterna falleció.

A mí no me dolió en lo mínimo, no conocía a la señora, pues mis padres habían dejado de tratarla porque era odiosa con mamá. Caín, por amor y respeto a mamá, dejó de visitarla y desapareció de su vida.



De ahí en adelante, la dinámica de nuestra familia cambió. Caín nunca trabajó y luego se iba a tomar, a apostar o a hacer alguna cosa que lo distrajera. Tenía la conciencia aturdida. No lo culpo. Su mamá murió sin poder verlo, abrazarlo, besarlo por años, más de 10 años, supongo que era normal que se



sintiera culpable y considerará que todo lo había hecho mal.


Realmente no puedo culparlo por tratar de ahogar su dolor en cosas momentáneas. Mamá siempre intentó estar para él, incluso yo me esforcé por ser una hija amorosa y perfecta. Esa niña que nunca te causa problemas ni dolores de cabeza, pero Caín solo se alejaba más y más de nosotras.

El amor que sentía por Caín terminó de desvanecerse cuando, en medio de una discusión, escuche cómo golpeaba a mamá. Traté de ayudarla, pero no pude hacer nada. Terminé siendo agredida físicamente también, hasta que perdí la conciencia.

Cuando desperté, mamá estaba junto a mí. En sus ojos se veía el miedo, comenzó a curarme las heridas y, aunque era un momento trágico, fui feliz de saber que estaba bien y que era ella quien pasaba su suave mano por mis heridas. Era un alivio instantáneo, como si a través de su tacto me curara, como si ella fuera Dios.

Papá salía a tomar todos los fines de semana, así que esta historia de sufrimiento se repetía sin cesar. Hasta que un día se quedó en casa, en esta ocasión papá tomaría nuestro hogar para paganizarlo con sus acciones profanas. Los amigos de papá asistirán a la casa, verían un partido mientras comían lo que mamá preparaba y tomaban. Sonaba como un plan tranquilo, como si papá cumpliera su promesa de redimirse, pero creer en él era en vano y en lugar de reconstruir nuestro hogar, que se desmoronaba por sus malas prácticas contra mamá, terminó hundiéndonos en un caos sin fin.

Esa fue la noche en la que más miedo sentí, más de 5 hombres borrachos que no conocían el respeto rondaban por nuestra casa. Uno de los amigos de papá me observaba en cada movimiento, pensé que le gustaba mi vestido de flores blanco que era largo, con ese vestido me sentía como una mujer recatada, que se guarda, como si estuviera dentro de la cultura judía o tal vez musulmana. Esas culturas me parecían tan interesantes, las había visto en una clase y ahora no podía dejar de comparar mi vida con ellas.



Ese amigo se llamaba Jhon. Luego de estarme observando por un rato, le dijo algo a papá al oído, papá me miró con amor, pero su mirada cambió a una que transmite frialdad. Acto seguido, Jhon se dirige a mí y me alza como si fuera un costal de papas. Mamá, al ver esta escena, grita y le pide a papá que me ayude, a lo que él responde: "¡No te preocupes, cariño, Evangeline me ayudará a pagar una deuda que tengo!"


No entendía por qué estábamos solos en la habitación, por qué le ponía seguro a la puerta y por qué comenzaba a quitarse la ropa. Luego llegó mi turno de desvestirme y, cuando estaba completamente desnuda y sentía su cuerpo encima del mío, mamá entró. Le suplicó que no me hiciera nada, que todo lo que pretendiera se lo hiciera a ella. Así fue como terminé en mi habitación, sola, bajo llave.

Los gritos de mamá por el dolor sonaban de vez en cuando y sólo callaban cuando mencionaban mi nombre. El cuarto de mis padres estaba junto al mío, así fue como logré escuchar las voces de esos hombres y así fue hasta el amanecer.

No logré dormir ese día y nunca más desde ese día. No lograba comprender cuál fue el sacrificio que hizo mamá, por qué se veía triste, el cómo sus ojos ya no brillaban, ya no sonreía. Y así como Caín destruyó a la única persona que lo amó, asimismo quedé en la miseria cuando esos ojos color café me fueron arrebatados.

A pesar de todos estos años, mamá sigue siendo mi persona favorita. Cada día sueño con su imagen, con sus caricias, siento cómo pasa sus manos por mi espalda, ese calor de sus abrazos. A veces recuerdo cómo se sentía tener la nariz sucia de pastel porque era ella quien me untaba la tarta en la nariz, lo hacía en cada cumpleaños. Qué duro es fingir que estoy bien, que he superado su partida, pero no es así. No puedo dejar de pensar en ella porque fui yo la causa de su desgracia, cuánto hubiera dado por evitarle ese sufrimiento, porque su gran hazaña fue en vano. Desearía haber evitado que su vida colapsara para que no acabara con su existencia.

La despedida de mi querida Amara fue aún más dura de lo que pensé, quise quedarme aferrada al



ataúd, impedí varias veces que lo bajaran y que lo rellenaran de tierra. Simplemente no entendía cómo iba a vivir sin la persona que siempre estuvo para mí. Por otra parte, Caín me agarró entre sus brazos y me dejó llorar en su pecho, me prometió que cambiaría, que ya no habría más adicciones, solo seríamos él y yo siendo felices.

En ese momento le creí, tenía 10 años, solo me quedaba papá. No sé si me mintió descaradamente o el concepto que tiene de felicidad simplemente incumple con los derechos humanos. La casa nunca estaba sola, siempre estaba Caín con sus amigos y cada vez eran más amigos.


Ya no había fotos de mamá en la casa, la única que quedaba era una que estaba en mi cuarto. Que papá me arrebató diciendo que no servía de nada recordar el pasado, que dejará a mamá descansar porque ya estaba muerta y mientras yo me deprimía con su recuerdo, ella ya no existía ni pensaba en mí.

— ¿Por qué te deprimes en lugar de disfrutar tu vida, de pasar tiempo conmigo? Yo no te abandone,

entiende que tu mamá decidió acabar con su vida, tu no le importas y mientras tú lloras por una cobarde yo sigo aquí para ti.

No me gustó la forma en cómo hablo de mamá, pero tenía razón, ella decidió dejarme, fue ella... Toda mi desgracia era por ella, así que decidí guardar en el ático esa fotografía y a Mar.

Deje de vestirme con vestidos largos y bombachos. Papá me había comprado ropa, que acentuaban mi figura, ya tenía 15 y comenzaba a ser cortejada por muchos jóvenes. En algunos momentos por hombres mayores, lo cual me resultaba asqueroso. Papá siempre me pedía que usará faldas cortas cuando iban a venir sus amigos, me decía que “tenía que cerrar unos negocios” y que era más sencillo aprovecharse de sus clientes si lograban distraerse con unas lindas piernas. Aunque me incomodaba ser el centro de atención en un lugar lleno de hombres con más de 40 años, nunca me negué, porque con el dinero que conseguía papá podíamos vivir bien. A mí no me faltaba nada, siempre tenía ropa nueva, me compraba todo



lo que quería, así que hacerle un favor no estaba de más.

Todo comenzó a complicarse cuando los amigos de papá comenzaron a hacer comentarios fuera de lugar y llegó al punto más ofensivo cuando Jhon se me acercó demasiado y pasó sus manos por mi cuerpo. Le dije a papá y él simplemente me ignoró. Las faltas de respeto siguieron, me sentía tan incómoda que ya no salía de mi cuarto cuando ellos estaban en casa, ya no vestía con ropa pegada y corta.

Caín me dijo que Jhon había cerrado un negocio con él, que era demasiado bueno y que bajara al cuarto de él. Estuve esperando un rato sentada en la cama de mi papá, él entró con Jhon y le dijo que aprovechará, que aún era virgen y esta vez nadie se interpondría, que ni mi madre vendría a rogarle que no hiciera nada. Y que, así como había disfrutado hace años de violar a Amara, ahora podría hacerlo con alguien joven.

Fue ese momento en donde entendí todo, esa noche... Amará, mi mamá, me había salvado, por eso se veía triste siempre, esa debía ser la

razón de su suicidio. Y yo, que me había negado a recordarla con amor, me sentía tan culpable. Estuve navegando en mis pensamientos un rato.

Volví a la realidad cuando sentí que alguien me tocaba la cara, era Jhon, le supliqué que no me hiciera nada, que era un delito, pero no le importó, traté de huir de la habitación, pero en menos de nada Jhon me llevó y me amarró a la cama, también me puso un trapo en la boca porque estaba cansado de mis gritos.

Desgarró la ropa que llevaba puesta, comenzó a besar mi cuello y fue bajando, hasta que terminó haciéndome suya, cuando se terminó la tortura me dijo que haría lo posible para que Caín lo dejará ser mi único cliente. No entendía qué decía, pero me dijo que desde esa noche en que Amara se sacrificó por mí, había decidido dejarme crecer un poco más y venderme a sus amigos... No sé cuántas veces tuve que sufrir lo mismo con Jhon, llegó el momento en donde ya no trataba de huir, solo esperaba que pasará y cuando terminaba me iba a mi habitación.

Después de eso no quise salir de mi habitación, ya no quería ir a la escuela, no podía dejar de sentirme sucia. Luego, dejó de pasar solo con Jhon, Caín tenía más de 10 clientes para mí y yo no tuve opción de acceder.

Un domingo por la mañana, no pude más, supe que debía pedir ayuda, pero no podía salir de casa, así que debía ingeniármelas. Había soñado con mamá, ¿y si tal vez me estaba diciendo que terminará con todo? Agarré una navaja y comencé a hacerme heridas en la piel, cada vez salía más sangre, luego solo perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en el hospital, traté de decir que estaba siendo agredida sexualmente por

varios hombres que le pagan a Caín, mi papá, pero el personal de salud no me creyó, en cambio llamaron a Caín y le dijeron que al parecer el haber perdido a mamá siendo tan niña me

había afectado psicológicamente, que sería mejor darme tratamiento.

Y así fue como terminé aquí, en este cuarto sin color, en una casa para gente loca, aunque no lo estoy, siendo drogada y teniendo lagunas mentales. Caín me trajo a Mar y desde ese momento volvió a acompañarme, ahora estamos solo las dos, esperando el día en que me den de alta o en que encuentre la forma de matarme.

